

plo, que sigue en la *Electra*. Nos da una representación objetiva de los hechos que narra el mito: «Si la historia es cierta», nos dice, «entonces las cosas sucedieron de este modo.» Tenemos el tirano ordinario, práctico, estrecho de miras, de genio irascible,—sin que constituya, hay que observar de pasada un estudio muy delineado, como que al poeta el personaje no le importaba mucho; tenemos un dios manifiestamente divino y que hace milagros adecuados; tenemos, en fin, un cuadro de lo más vivo y de lo más hiriente, de los extremos a que puede llegar el furor religioso. Ese es el fondo del drama. Es probable que Eurípides haya visto algo, del culto dionysíaco en las montañas macedonias, que le haya dado frescura de realidad, en su imaginación, a las leyendas de las Ménadas des-

cuartizadoras de hombres y hacedoras de maravillas.

Pero aún cuando se acepte todo esto como cierto, queda todavía un punto, un hecho, de cardinal importancia, en que repararon los viejos críticos dejándose llevar a tal exceso que los modernos, por reacción natural, tienden a veces a negarlo del todo. Hay en *Las bacantes* glorificación verdadera de Dionysos, glorificación sentida con todo el corazón.

Eurípides no sostiene la objetividad que hemos indicado. En los pasajes líricos sentís veces tras veces que ya no son objeto de observación y de análisis las Ménadas. El poeta se ha entrado en ellas y ellas en él. Veces tras veces las palabras que caen de los labios del Coro no son las de locas Bacantes sino las reflexiones suaves y hondas de la meditación de un filósofo.

Sir Gilbert Murray

(Seguirá en la próxima entrega.)

Cartas hiperbóreas

El crepúsculo de las dictaduras

y 4

(Véanse las entregas 5, 6 y 9.)

El cable anoche anuncia que los estudiantes de la Habana fueron ametrallados por la tropa de guardia en el palacio de la Presidencia y frente a las oficinas de *El País* por haber ido allí a protestar contra la consabida administración del presidente Machado.

Hace mucho tiempo—desde el decreto presidencial que bajo pretexto de defender el buen nombre de Leguía «me prohibió» en la prensa oficiosa de Cuba—que he perdido el hilo en detalle de lo que allí esta pasando; si bien cada día adviértese con más claridad una definición categórica del *consensus* público: no más.

El general Machado—admirador antier de Primo de Rivera, ayer de Leguía y hoy supongo de Gómez—pues se están acabando los del género con un mes o cosa así de diferencia—debería tener presente lo que el dictador por excelencia, el super-déspota italiano, hombre

que reúne en sí, innatas, auténticas, sin mezcla de plagio alguno, las virtudes brillantes y las sombras profundas de su raza y de su concepción, define como base del fascismo bien entendido: «fuerza y consentimiento».

El general Machado que al parecer tiene un concepto gubernativo simplista, ecuóreo, de vialidad, docente; el general Machado, cuyos comienzos administrativos saludamos con júbilo y que luego nos fue dejando en la mayor perplejidad cuando comenzó con sus equilibristos calofrantes entre la prórroga y la reelección, ese general que ponía cablegramas a Roma y a Madrid, construía una carretera enorme y un capitolio colosal, recibía a Coolidge, presidía la VI conferencia panamericana, se hacía erigir estatuas en España y cruzaba hacia todos los proscenios espectaculares por pasarelas de aclamación en uno como arranque entusiasta, entre ternos de hilo

blanco que tomaban pliegues de túnica proconsular y juramentos fúnebres sobre augurios calcinados o entrañas de aves litúrgicas abiertas y sangrando en el ara de los tributos, ese general grande rodeado de generales menores, todos patriotas, todos guerreros de la emancipación, todos vestidos de blanco, todos ministros, todos machados, ése que fue hombre simpático, cuando la luna de miel de la «regeneración» ha sido, en el fondo, una víctima de la gente que se le vino encima: desde los socios industriales hasta los jefes de partido. Fue, visto a distancia, desde este silencio acolchado de nieve—como llamó Mañach mi duro retiro—un tropel. Yo me figuraba ver a todo lo ancho del Prado, bajo un sol que funde los clavos de los zapatos, la multitud taraceada de cabezas negras y de cabezas blancas, descamisada, sudando, entusiasta, arrebatándose las hojas todavía húmedas del *Heraldo de Cuba* propiedad de Céspedes y dirigido por el coronel Carlos Machado—el Arnaldo de este Benito—la multitud terrible y profunda en un ímpetu de amor patrio, de conmovedora fé hacia los manes, los augures, los lictores y las águilas clamando, desesperada de amor, de sol y de nacionalidad irritada:

—Dadnos a Gerardo o dadnos la muerte!

El grito de los días sigilosos de la maringua, en el litoral oscurecido de los desembarcos vía Nueva Orleans: el alarido heroico de los estudiantes contra las tapias del castillo del Príncipe. ¡La patria grande como la soñó Martí, el apóstol! representada ahora bondadosa, sonriente, en *palmbeach*, con espejuelos y una mecha cana a la ráfaga encendida del Malecon, y una mano-omnisciente, omnipotente y fatal de progreso, de aguas, de caminos, de escuelas, de generales de prórrogas y de reelecciones y de salpicaduras de sangre y de melazas y de crisis y de austeras promesas,—abatirse, solemne, augural, sacramental, una mano que de tanto ser mano alzada se ha venido a convertir en manopla, una mano de gendarme de tráfico o de emblema masónico o de papel de cartas, una mano en fin ante la cual posternábase en éxtasis, en trance como bajo el *embó* brujo de la campiña negra, manos de hombres de todas las condiciones y de todos los partidos, levantada está sobre el horizonte de la isla feliz, con sus cinco dedos como cinco rayos del foco de su palma, sellando toda protesta, toda miseria, toda hambre de pan o de justicia con la liturgia sacramental:—Yo juro!

El general había jurado. El general juraba. El general juraría siempre.

De una parte la poca previsión del pueblo de Cuba—¡a cada quien su responsabilidad!—sacando de sus casillas de general honorario en forma de político primero y luego en la presidencia a este excelente hombre «de mediana edad» que hubiera llenado a satisfacción un mando militar subalterno o acometido nuevos y suculentos negocios en un ambiente de transacciones mercantiles privadas, para convertirlo en la encarnación de Cuba y de su destino. De la

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA:</p> <p>REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA